

« Hallar, pues nadie tiene
 « Culpa alguna de aquello
 « Que contra toda prevision aviene.
 « Tal es mi situacion. Mi error declaro.
 « Al África sin gente y sin amparo
 « Deje; mas ¿quién, á no ser Dios, previera
 « Que con tan grande ejército pudiera
 « Allí venir tan apartada gente?
 « ¿Quién creyera jamas que el polvo ardiente
 « Que el fiero noto agita, atravesando,
 « Esta gente á Biserta
 « Asediara, dejando
 « Una gran parte de África desierta?
 « ¿Qué debo hacer en tal conflicto? ¿Debo,
 « De Francia á la conquista renunciando,
 « A Libia retornar, ó bien de nuevo
 « Hacer la guerra á Carlos y á su bando?
 « ¿Es conveniente, ó bien inoportuno,
 « Hacerla á un tiempo en África y en Francia?
 « Si entre vosotros hay quien medio alguno
 « De conseguirlo vea,
 « Dígalo, y que su voz nuestra ley sea. »
 Dice, y al rey Marsilio, que á su lado
 Está sentado, mira y manifiesta
 Que aguarda su opinion y su respuesta.
 Humilde y reverente,
 La faz y la rodilla
 Doblando ante su rey, toma de nuevo
 Marsilio asiento en su elevada silla,
 Y dice así: « Señor, buenas ó malas,
 « La fama siempre abulta las noticias
 « Que de léjos nos vienen en sus alas.
 « Por eso, ya fatales, ya propicias,
 « Tanto cual lo quisiera el vulgo necio
 « No me causan placer ni desconsuelan
 « Las que hasta mí de labio en labio vuelan.
 « Yo las inverosimiles desprecio:
 « É inverosimil es que, acompañado

« De tanta y tanta gente,
 « Haya un remoto rey la planta osado
 « En África poner impunemente,
 « A traves de los áridos paisés
 « Do por su mal se aventuró Cambises.
 « Mas bien supongo que bajado acaso
 « Hayan algunos árabes, y excesos,
 « Segun su usanza, cometiendo al paso,
 « Hayan robado, maltratado, ó presos
 « A algunos de los nuestros conducido;
 « Mientras Bransardo, por su afán movido
 « De darse gloria ó de excusarse afrenta,
 « Por cada diez que ve mil hombres cuenta.
 « Tambien concederé que por prodigio
 « Cayeran sobre Libia los de Nubia,
 « Como la nube que, deshecha en lluvia,
 « Rastro tras sí no deja ni vestigio;
 « Mas ¿acaso supones
 « Que, porque tu auxilio no les prestes,
 « Sucumbirán en Libia tus legiones
 « A manos de esas inexpertas huestes?
 « Manda, si quieres, unas pocas naves;
 « Pues no bien tu estandarte manifiestes,
 « Huyendo volverán á los confines
 « De la Arabia y la Nubia estos malsines,
 « Que, á no saberte léjos de tu tierra,
 « Jamas osaran declararte guerra.
 « La ocasion aprovecha que depara
 « A tu venganza de Roldan la ausencia;
 « ¿Quién, durante esta ausencia, quién osara
 « Del otro campo hacerte resistencia?
 « Si por imprevision ó negligencia
 « Pierdes una ocasion tan oportuna,
 « Calva hallarás mas tarde á la fortuna. »
 Con esta arenga y otras semejantes
 Hacer prevalecer en el concilio
 Pretende el rey Marsilio
 Que Agramante partir no debe, si ántes

A Carlos y á su gente no destroza.
 Mas del soberbio rey de Zaragoza
 El plan interesado penetrando,
 De este modo á Agramante habla Sobrino :
 « ¡Pluguiese á Dios que cuando
 « Vivir en paz te aconsejé en tu tierra
 « No fuera, cual lo fui, buen adivino ;
 « Y pues lo fui, de amigo cuerdo y viejo
 « Pluguiese á Dios siguieras el consejo,
 « En vez de ir á escuchar al Argelino
 « A Marfabusto, Alnido y Martasino !
 « De verlos ante tí mucho me holgara,
 « Y al de Argel sobre todo echara en cara
 « La estólida jactancia
 « Con que pensó de Francia
 « Las huestes destrozar. El que orgulloso
 « Juró seguirte al cielo y al infierno,
 « En humillante y lánguido reposo
 « Yace léjos de tí; mientras á tu lado
 « Se halla hoy aquel que fué vil y cobarde,
 « Por decir la verdad, apellidado ;
 « Aquel, ó rey, en cuyo pecho aun arde,
 « Magüer sus años, juvenil denuedo ;
 « Aquel que, ni hoy ni nunca, ante ninguno
 « De los héroes de Francia tuvo miedo ;
 « Aquel, en fin, aquel que en tu provecho
 « Tanto hizo, sino mas, que cuanto han hecho
 « Aquellos fanfarrones : esto digo
 « Por demostrar que lo que entónce dije
 « Y lo que aquí repito, de un amigo
 « Es la voz que á otro amigo se dirige,
 « No la voz del temor. Así te exhorto
 « A que, tomando el término mas corto,
 « Nos volvamos de Libia á las arenas,
 « Sin tratar de apropiarnos las ajenas.
 « ¿Y qué digo opropiar? Treinta y dos reyes
 « Acostumbrados á observar tus leyes
 « Contigo se embarcaron. De ellos, muerto

« El número mayor, vivos advierto
 « Apénas hoy á diez. Al gran Profeta
 « Ruego por los demas ; pero me inquieta
 « El temor de que vivo uno no quede
 « Si de Marsilio á la opinion se accede,
 « La ausencia de Roldan causa es sin duda
 « De que no hayamos todos perecido ;
 « Mas quizá por haberse diferido,
 « Tu desgracia despues será mas cruda.
 « Si esta ausencia mitiga tus alarmas,
 « ¿En el campo no ves de los cristianos
 « A Reinaldo y sus ínclitos hermanos,
 « Terror y destruccion de nuestras armas?
 « A mis contrarios con dolor alabo ;
 « Mas ¿no ves, oh señor, á Brandimarte,
 « Que, digno hijo de Marte,
 « No ménos que Roldan es fuerte y bravo?
 « Tal me lo muestra la experiencia propia
 « Y de sus triunfos la preclara copia.
 « En fin, desde que Orlando se ha alejado,
 « Hemos perdido mas que hemos ganado ;
 « Y si la suerte impia
 « Hasta hoy nos fué, mayores
 « Riesgos nos amenazan todavía.
 « Mandricardo espiró ; del rey Gradaso
 « No podemos contar con el denuedo ;
 « Marfisa hácia otra parte tuerce el paso ;
 « Lo mismo hace el de Argel, del cual bien puedo
 « Afirmar que, á ser fiel cual es gallardo,
 « La falta de Gradaso y Mandricardo
 « Nos hiciera olvidar. La ausencia de unos,
 « De miles de otros la funesta muerte,
 « Ningun bajel se advierte
 « Que venga á reparar ; miéntras de Cristo
 « A unirse al estandarte llegan cuatro
 « Cuyos iguales nuestra edad no ha visto,
 « Desde el suelo frances hasta el de Batro,
 « Sansoneto, los hijos de Oliveros

« Y Guidon el salvaje
 « Son estos cuatro intrépidos guerreros,
 « De quienes temo el ímpetu y coraje
 « Mas que el de cuantos nobles caballeros
 « Prestan al sabio Carlos homenaje.
 « Si el campo, siendo veinte contra diez,
 « Abandonamos ya mas de una vez,
 « En número y en ánimo hoy escasos,
 « ¿Qué esperar ya podemos de esta guerra,
 « Sino oprobio, fatigas y fracasos,
 « Cuando de Carlos al poder se asocia
 « El Inglés, el Germano y el de Escocia?
 « Tu gente aquí, y en África tu imperio
 « Pierdes, si en ella insistes obstinado;
 « Librándote de eterno vituperio,
 « Si á mi consejo atiendes, tu persona
 « Salvarás, y tu pueblo y tu corona.
 « Abandonar al rey Marsilio en medio
 « De los horrores de tan rudo asedio
 « Fuera indigno de tí, fuera hasta ingrato;
 « A tanto mal, empero, hay un remedio,
 « Que, no ménos que á tí, le será grato:
 « Óyeme pues. Propon al rey de Francia
 « Decoroso y pácifico contrato.
 « Si tu honor ofendido paz te veda
 « El primero ofrecer, un medio al ménos
 « Busca que darte la victoria pueda.
 « Propon que entre cristianos y agarenos
 « Se decida la lid, de cada bando
 « Un guerrero nombrando;
 « Y elige tú á Roger, que, cual yo, sabes
 « Que es capaz con las armas en la mano
 « De lidiar frente á frente
 « Con el mas impertérrito cristiano;
 « Mas piensa que su esfuerzo sobrehumano
 « Solo vencer no puede á tanta gente.
 « Mi opinion es, y espero que la tuya
 « Será tambien, que, á fin que esta contienda,

« Sin verter tanta sangre, se concluya,
 « Digas á Carlos que en su campo elija
 « Al paladin que mas de guerra entienda.
 « Tú por tu parte fija
 « Aquel á quien tu suerte se encomienda,
 « Y que la lid entre estos dos se trabe,
 « Hasta que el uno por vencer acabe,
 « Al rey de su contrario.
 « Haciendo con su triunfo tributario.
 « Carlos, bien que hoy se muestra victorioso,
 « Esta propuesta aceptara gustoso.
 « Yo de Roger confio
 « En los robustos brazos y en el brio;
 « Y tanta es la razon por nuestra parte,
 « Que no dudó que venza al mismo Marte. »
 Estas y otras razones
 A los jefes alárabes deciden;
 Y decididos, nombran los varones
 Que al otro campo en embajada expiden.
 Carlos, que en torno suyo campeones
 Tiene de tanto esfuerzo y bizarría,
 Mira ya como suya la victoria,
 Y del bravo Reinaldo la confia
 Al alto esfuerzo y á la fe notoria.
 De este feliz convenio
 Los unos y los otros se alegraban,
 Que las fuerzas del cuerpo y del ingenio
 Las continuas fatigas agotaban.
 Cada cual, deseoso
 Ya de tranquilidad y de reposo,
 De esta contienda impia
 El odio y los furores maldecia.
 Alegre hasta el transporte
 Reinaldo al verse, por su rey amado,
 Entre toda la corte,
 Para tan alta empresa designado,
 A la lid se apercibe sin demora.
 Su diestra vencedora

Ver se figura ya, no suponiendo
Que á su impetu gallardo
Resista el vencedor de Mandricardo.

Por su parte Roger, en vez del gozo
Que causar debe tan honroso encargo,
Agitacion, rebozo
Siente y pesar amargo,
No por temor, pues ni al de Amon, ni á Orlando,
Ni á ambos juntos temiera; mas porque
Ve en Reinaldo el hermano de la dama
A quien juró rendido eterna fe,
Que ofendida, á fe mia,
No sé de qué, reproches por escrito
Le manda en largas cartas cada dia.

Roger cual un delito
Considera esta lid. Su triunfo debe
Dar la muerte al hermano de su amada,
Y trocar de esta en breve
En eterno rencor la fe jurada.

Mientras el héroe su inquietud reboza
Mal grado suyo al aceptar la lucha,
Su cara amiga, que la nueva escucha,
Gime, grita, solloza,
Derrama amargas lágrimas, su cuello
Y sus mejillas de marfil maltrata,
Y apellida, mesándose el cabello,
Al héroe infiel y á la fortuna ingrata.

Triste debe de ser de esta pelea
Para ella en todo evento el resultdo.
O ha de morir Roger, y apedazado
Siente su corazon solo á esta idea;
O el cielo, por vengar antigua ofensa,
Niega su apoyo al paladin cristiano,
Y estremecida, en este caso, piensa
En el baldon y en la afliccion inmensa
Que le ha de dar la muerte de su hermano.
¿Cómo, si esto sucede,
Osará la doncella en adelante

Sin exponerse á quejas y reproches,
La vista alzar sobre el antiguo amante,
Luz de sus dias, sueño de sus noches,
Con quien le une, no obstante,
De reciproca fe vínculo fuerte,
Que medio alguno de romper no advierte?

Mas la maga entretanto,
Que nunca en los conflictos la abandona,
Oye sus quejas, á enjugar su llanto
Acude, y reconfortale, y le ofrece
La lucha hacer cesar no bien empiece.

El de Amon y Roger en este tiempo
Preparándose estaban á la lid,
De cuyas armas la eleccion se deja
Del Imperio romano al adalid.
Este, habiendo la pista
Perdido de Bayardo, la batalla
Propone á su gallardo antagonista;
Ambos á pié, con hacha, estoque y malla.

Fuese casualidad, fuese el recuerdo
Que, cauteloso y cuerdo,
Viendo armado á Roger de Balisarda,
Mangis al primo en inculcar no tarda,
El hecho es que, de acuerdo
Los dos en no servirse de su espada,
Vienen á un vasto llano que contiguo
Está de la ciudad al muro antiguo.

De la morada de Titon apenas
Sacó su faz la vigilante aurora,
Con sus luces serenas
Determinando del combate la hora,
Cuando de ambos ejércitos contrarios
Acuden emisarios
Al sito de la lid, con el objeto
De alzar á cada lado pabellones,
Y cerca de ellos un altar. A poco,
En medio de los moros escuadrones,
Con asiática pompa llega armado

Agramante y montado
Sobre bajo corcel de crin peceña,
Que dos pies y la faz de armiño tiene.
A par de él y á su lado, el héroe viene
A quien servir Marsilio no desdeña.

De escudero sirviéndole, en su mano
Lleva este rey el yelmo que no ha mucho
Que las sienes del tártaro no oprime,
Y que diez siglos ántes
Adornó las del inclito troyano
A quien eternizó lira sublime.
Otros del bando moro
Monarcas y caudillos arrogantes
Conducen de sus armas las restantes,
Ricas de joyas y cargadas de oro.

Al mismo tiempo, y por la opuesta parte,
Avanza Carlos con su armada gente,
Puesta en batalla en torno á su estandarte.
En medio de la corte del monarca
Marcha Reinaldo con sus armas todas,
A excepcion de su yelmo, que con pompa
Lleva en su mano Oger de Dinamarca,
Y de sus hachas, de las cuales una
El duque Naimés lleva,
Y la otra Salomon, rey de Bretaña,

Carlos manda á su gente se reuna.
Hácenlo así los de África y de España.
Nadie en el campo queda;
Pues, bajo pena capital, un bando
Aproximarse á la estacada veda.

Luego que se hubo dado de las armas
La segunda eleccion al africano,
Dos sacerdotes de distinto rito,
El uno de los cuales en su mano
Lleva en un libro el Evangelio escrito,
Y el otro el Alcoran, con Agramante
Y con Carlos se avanzan al instante.
Llegando hácia su altar, Carlos las palmas

Levanta al cielo y dice: « ¡Oh Dios, que diste
« La vida por el bien de nuestras almas!
« ¡Oh Reina de los ángeles, que digna
« Sola entre todas las mujeres fuiste
« De que el Señor en tu virgineo vientre
« Durante nueve meses se albergara!
« Testigos sed de que á Agramante juro,
« Y á todo aquel que el libre trono herede,
« Diez cargas de oro puro
« Dar cada año en tributo, si sucede
« Que hoy vencido en la lid Reinaldo quede;
« Y firmar una tregua, que seguida
« Habrá de ser de paz no interrumpida.
« Si á mi palabra falto,
« Contra mi vuestra cólera se encienda,
« Y á mis hijos se extienda,
« A mi gente y mi reino. » Fija en alto
Tiene, diciendo así, Carlos la vista,
Y colocada su derecha mano
Sobre el libro de un santo Evangelista.

Con el frances monarca el africano
Al otro altar dirigese en seguida,
Que con pompa adornó la gente mora,
Y con las mismas ceremonias jura
Que si en Roger vencida
Queda su hueste, á Libia sin demora
Con ella partirá; y á mas promete
Hacer que eternamente se respete
La tregua entre él y Carlos convenida.

A separarse luego se resuelven
Y á su campo se vuelven,
Donde estas condiciones
Fijan los dos valientes campeones:
Si por orden ó culpa de Agramante
Viene cualquier obstáculo imprevisto
A turbar esta lid, Roger de Cristo
Abrazará la ley en el instante;
Y si del rey poner la culpa viene,

El estandarte de las lises de oro
Reinaldo dejará por el del moro.

Terminada toda esta ceremonia,
Se vuelve cada cual á su estandarte,
Y bien pronto las trompas y clarines
Dan la señal á entrambos paladines,
Que, á su esfuerzo y valor uniendo el arte,
Comienzan con estrépito el asalto.

Sus hachas, ora en alto
Veloces dirigiendo, ora hácia abajo,
De herir á su enemigo
Tratan con el martillo y con el tajo,
Al par que con destreza incomprensible
Esquivan tanto golpe, tan terrible.

Obligado á luchar contra el hermano
De aquella en cuyo afecto se consume,
Roger se muestra ménos inhumano,
Y ménos fuerte el pueblo le presume.

Atento, mas que á herir, á resguardarse,
En singular contradiccion consigo
Dar la muerte no quiere á su enemigo
Ni quiere á su piedad sacrificarse.
Mas de esta historia el resto
En otro canto á referir me apresto.

CANTO XXXIX.

Toma Melisa la forma de Rodomonte. — Agramante embiste á los cristianos, y sufre una completa derrota. — Adelántase Astolfo para sitiarse á Biserta. — Encuéntrase Flordelis con Brandimarte. — Tratan unos caballeros de atar á Orlando. — Vuelve este á su sano juicio. — Sitio de Biserta. — Encuentro de las naves de Dudon con las de los moros, é incendio de estas últimas.

El afán de Roger es el mas grave,
El mas atroz que en pecho humano cabe.
Sucumbiendo, el honor pierde y la vida;
Vencedor, el amor de su querida.

Reinaldo, á quien tormento igual no aflige,
Todos los medios por vencer emplea,
Y el hacha que con ímpetu menea,
Ora hácia el yelmo, ora á los pies, dirige
Del buen Roger, que con destreza rara
Del guerrero de Amon los golpes para,
Y los vuelve tal vez; mas de manera
Que gravemente su puñal no hiera.

A los mas de los jefes musulmanes
Parece desigual esta batalla.

Mas que en ella, pensando en sus afanes
Roger, turbado y tímido se muestra;
Mientras Reinaldo, con pujante diestra,
Le hostiga sin cesar. Con faz confusa,
Mustio, Agramante lo que pasa mira;

Se enfurece, suspira,
Y al rey Sobrino acusa,
Que fué de esta pelea
Quien el primero sugirió la idea.

Melisa, en este tiempo, que de encanto
Y magia sabe tanto

Como el que mas, su aspecto femenino
Trueca del argelino

Por el semblante aterrador. Cual él
Cubierta de un dragon bajo la piel,

Viene con un gesto altivo
Armada de su espada y su broquel.

Con el ferrado estribo
Al demonio que monta
En forma de caballo, hiere el flanco,
Y, hácia el rey Agramante

Dirigiéndose pronta,
Con alta voz y lívido semblante

Dice: « Señor, que has cometido advierto
« Inmensa falta, á un jóven inexperto

« Confiando mision tan importante.
« No permitas, ¡ah no! que en detrimento

« De nuestro honor redunde esa batalla.